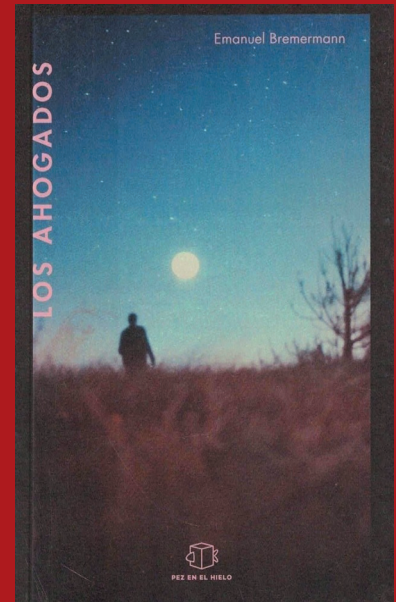




Arenas movedizas

Gustavo Calvo



La imagen de nuestro cuerpo sucumbiendo ante arenas movedizas constituye, en el imaginario popular, un temor que se diluye a medida que crecemos y nos damos cuenta de que la probabilidad de que eso suceda es prácticamente nula. Sin embargo, ese temor revive en nosotros como metáfora de la miseria humana en la novela *Los ahogados*, de Emanuel Bremermann. Allí no son las arenas movedizas las que nos atrapan, sino algo mucho más grande: el paisaje entero. El balneario Santa Clara del Atlántico absorbe a sus habitantes, formando un ecosistema propio en el que la presencia de lo nuevo se repele como un objeto extraño entrando al organismo.

Bremermann logra mantener el tono justo para acompañar la atmósfera de un balneario costero fuera de temporada —«y si alguien necesita ayuda para pasar el invierno acá sin pegarse un tiro, y bueno, que haga lo que tenga que hacer» (p. 30)— en una novela que oculta información a lo largo de toda la historia. En el transcurso del relato oscilaremos entre el pasado y el presente, para terminar de conocer a los tres protagonistas: el narrador, que llegará a este balneario para reconstruir, junto con su vida, la vieja casa de sus padres; el Bebe Monterroso, un exmovilero de televisión al que la vida le dio una nueva oportunidad en Santa Clara hace ya un tiempo atrás; y Valentina, la nieta de el Bebe, que no quiere estar ahí, pero a la que —por el momento— no le queda otra.

En su bienvenida, *el nuevo* tendrá que lidiar no solo con la adaptación, sino con las ranas, sus enemigas principales al comienzo de esta novela. Santa Clara del Atlántico no es un espacio inmóvil en donde simplemente se desencadenan los hechos, sino un escenario vivo, tan protagonista como cualquiera. El narrador se encontrará de buenas a primeras con un entorno que quiere echarlo mediante una invasión de ranas en su nueva casa, a las que enfrentará en una batalla a punta de lampazo que roza lo tragicómico. Su victoria no será por mucho. La naturaleza siempre tiene su revancha.

Por otro lado, la inmensidad del Atlántico también funciona como un bálsamo para este personaje. A la angustia provocada por el desconcierto emocional se le opondrá el silencio que apaga su cabeza por un rato cuando se mete al agua. Acá no hay únicamente un uso simbólico del mar, hay un impacto biológico real en el organismo del protagonista que lo ayuda a encontrar el equilibrio al que su mente no le está permitiendo acceder. Esta doble acción del entorno termina por llevarlo al borde del colapso. Aunque por momentos encuentra la calma dentro de las frías aguas del océano, el resto de todo lo que lo rodea lo va consumiendo poco a poco.

Juan Carlos *Bebe* Monterroso llegó a Santa Clara la noche después del último día de su vida. Encontró ayuda y se estableció en un terreno bosque adentro. Su nuevo hogar pasó a ser el refugio que no había encontrado en la capital. Sin embargo, cuando años más tarde su hija Rosario y su nieta Valentina se instalaron en su

casa, ese castillo de arena se vino abajo como arrasado por la corriente. Los fantasmas del pasado y del presente convivirán de ahí en más con el Bebe y Valentina.

Con solo quince años y la imagen de su madre visitándola en pesadillas, la joven deberá aprender a hacer suyo este lugar en el que está condicionada a vivir. No solo porque su padre vive en Santiago de Chile y Rosario está muerta, sino también porque, le guste o no, su instinto de supervivencia depende de ese viejo al que en otro tiempo supo llamar abuelo. Las dunas que bordean el Atlántico formando un valle al que Valentina bautizó como Valle de la Luna serán su único abrigo. Sin embargo, el refugio, según la geografía de Bremermann, es un estado transitorio, y ese lugar dejará muy pronto de pertenecerle para convertirse en un campo de batalla.

En medio de este hostigamiento ambiental es que surge entre el narrador y la adolescente una suerte de simbiosis defensiva. Ambos habitan Santa Clara como extraños, y es en esa marginalidad compartida donde encuentran un breve respiro. La alianza se basa en el reconocimiento de una fragilidad común frente a un paisaje que no ofrece tregua y que tiende a erosionar los vínculos humanos. Desde la mirada de Valentina, además, la novela expande sus dimensiones hacia una escala distinta. Su fascinación por lo extraterrestre y el uso del Valle de la Luna como observatorio improvisado no es un detalle accesorio, sino una fuga existencial hacia lo cósmico. Mientras el balneario la obliga a lidiar con la inmediatez de la supervivencia, ella busca una trascendencia mayor a la hostilidad biológica de la costa.

La apropiación de este espacio por parte de el Bebe también traerá consecuencias. El daño ya no será infligido solamente por el entorno, sino que el flagelo y la destrucción viene del propio individuo. Inspirado en *El club de la pelea*, el Bebe liderará un grupo de hombres hacia el Valle de la Luna y encontrará en la violencia un tipo de redención que le permita seguir viviendo, mientras que el nuevo habitante tendrá que aceptar la idea de que nadie en Santa Clara puede salir ileso. En las descripciones del deterioro físico —«con los golpes la piel se vuelve traslúcida y los huesos pasan a ser más blandos, más elásticos (...) (p. 105)»— Bremermann recurre nuevamente a una respuesta fisiológica del daño. No se trata de representar un dolor emocional a través del cuerpo, sino de materializar su derrota.

La naturaleza en *Los ahogados* no se presenta como un espacio que se adapta al individuo, sino como una estructura que se impone a su subjetividad. Aunque sus pies parezcan estar en el suelo, los personajes serán absorbidos tarde o temprano por este lugar como si quedaran atrapados en arenas movedizas. Lo que presenciamos es un reajuste en el que el balneario, como organismo cerrado, reclama su soberanía material para volver a un estado de equilibrio. Al final, el título de la obra adquiere su sentido más crudo: los ahogados no son quienes sucumben al agua, sino aquellos cuya materia ha sido reclamada por la inercia del territorio. Mientras que para el narrador y Valentina el exilio funciona como una respuesta inmunológica del paisaje que los expulsa, el Bebe sabe que su pertenencia es definitiva.

Esta novela se inscribe con fuerza en la vertiente más materialista de la ecocrítica contemporánea. Al desplazar la mirada desde el paisaje-escenario hacia el paisaje-organismo, Bremermann redefine la relación entre el sujeto y el medio como una pugna biológica donde la soberanía, en última instancia, siempre pertenece al territorio.

Emanuel Bremermann (2025). *Los ahogados*. Montevideo: Pez en el hielo, 292 páginas.